

Cuentos Uruguayos, por Montiel Ballesteros. — Florencia (Italia)
1920.

Concluimos por leer ansiosamente el libro que abriéramos con el desgano de quien se dispone solamente a desempeñar obligaciones de la redacción, estando ajeno a la posibilidad de encontrarse tan poderosa fuerza evocatoria como la que este libro encierra en sus cuentos regionales. Con la impresión que ellos dan, el recuerdo de los

alegres años infantiles y de nuestra juventud empenachada de quimeras abandonó su vivir subyacente, dominando nuestro ánimo con el nostálgico imperio.

Mas este resurgimiento adorable, cuyo agradecimiento quisiéramos poner de peana al señor Montiel, no obstó para que nuestro entusiasmo se regodeara con los demás cuentos que encierra el libro; mas en ellos, nuestra admiración, que no decrece, se modifica, pues esos cuentos dan la idea de un hombre industriosísimo, ayudado por herramientas excelentes, en la ejecución de una labor que no es, exactamente, la que cumple a su habilidad instintiva.

Con el lampo de un alma perturbada, visto al pasar de una conversación indiferente; con un vago temblor espiritual; con una idea de mecánica transportada al motor humano para aguzar sus facultades nobles; con el retazo de una vida conocida; y otras veces, con alguna leve partícula del tamo que las experiencias de su vida han ido dejándole, este hombre construye sus cuentos en plenitud de belleza y simetría.

Es que el arranque de su inteligencia está servido por virtudes principales; como su imaginación, que desfloca los asuntos en hilillos utilísimos; como su estilo, de sobria elegancia y de encomiable flexibilidad, capaz de expresar innumerables fenómenos del universo visible y del interno; como su técnica, tan acabada y certera, por la cual no se hallan elementos sobrantes en sus cuentos, así como tampoco se hallan las ideas centrales sin la disposición que moverá principalmente hacia ellas el interés del lector.

Y si a la variedad de los motivos y a la perfección de su técnica se agrega que los héroes, es ningún momento, dejan de ser positivamente interesantes, queda claro el elogio que nuestro entusiasmo estético le debe al arte de la obra del señor Montiel.

*
* *

Aunque dicha obra lo coloca entre los mejores cuentistas, entre los mejores, repitámoslo probando que el adjetivo no fué puesto al correr de la pluma, nosotros creemos que sus cuentos regionales valen más; pues los ocho son maravillas de arte que aseguran al señor Montiel uno de los primeros puestos entre los escritores que en lo futuro honrarán nuestra historia literaria.

Indeliberadamente, por emoción, en la que nuestro juicio y nuestro gusto quedaron a merced del corazón conmovido, nosotros separamos la obra del autor, poniendo aquellos cuentos gratos a nuestra inteligencia fuera de estos regionales, que gustamos con todas las fuerzas del alma, pues nos impresionaba la extraordinaria intensidad con que ellos traducen la forma y el espíritu, es decir, los aspectos del campo y las emociones de sus hombres.

Fuerza es confesar la desconfianza con que a ellos entramos; hace

ya tiempo que se nos decepciona con esa literatura regional, fabricada por cualquier periodista veraneante, y sin necesidad de tanto, por cualquier aficionado tras breve permanencia y cierto trato con algún "gaucho viejo" de esos que ahora andan en sulky o usan pantalón de montar.

Escenas campestres trabajadas como notas informativas; también capítulos hechos así, pues no ha faltado quien se arriesgara a la novela; escenas o capítulos en los que, sobre un fondo de adaptación arbitraria, aparecen los tipos criollos dialogando en un vocabulario que hace más notoria su mentalidad prestada. El exceso de detalles exagera la afectación de la escena, el autor no se resigna a omitir ni uno de los elementos que del vivir gaucho aprendió, ni deja de expresar cuánta deformación del lenguaje anotó; ni resta al paisaje cuánto conoció de la fauna o de la flora.

¡Ah! Cómo si el alma del terruño acudiera sólo con la sinceridad del anhelo evocador, como si pintar el campo y sus hombres y la hondura de sus almas, fuera posible sólo por la intención, aunque adorne a la habilidad más consumada.

*
* *

El hombre de nuestro libro aparece en sus cuentos regionales identificado por manera íntima y profunda con el alma del terruño nativo.

Su obra es un prodigioso ejemplo descriptivo del escenario: es afortunadísima en cuanto a exactitud de la expresión; y esos méritos se unen, por el acierto en la elección de los tipos, a otro más superior y humano, es decir, al soplo de pasiones que entre aquellas gentes corre agitando sus almas. Pues sus tipos no son de espíritu baldío, y cosa que anotamos al pasar, siempre en beneficio del elogio de ese hombre, hay entre los tipos y el ambiente tales concomitancias, que nunca podría encontrarse mayor evidencia del concepto de Swefenborg sobre las relaciones entre el mundo físico y el espiritual.

Artista, gran artista el señor Montiel, para gloria de la tierra, y para encanto de los que llevamos en el fondo insobornable de nuestra alma, a pesar de muy larga vida urbana, una tierna y, como filial añoranza del rincón del campo donde nacimos.

¿Cómo no hallar familiares esas cuchillas del libro, y no conocer a todos esos paisanos, si aunque somos nativos del Este de la República, son paisajes familiares a nuestra infancia y a nuestra juventud, si son paisanos entre los cuales nos hicimos hombres?

Maidana, con su bien estudiada psicología, y el correntino taimado, y el cazurro don Toco Andrade, que a estas páginas sale con su filósofo yerno, hasta el supersticioso don Peralta, allá en el final del libro, todos son vecinos o conocidos nuestros, y nos basta cerrar

los ojos y retrogradar en el recuerdo, para que sigan conviviendo con nosotros igual que en el pasado lejano.

Artista dijimos, pero también, hombre de fino sentir. Ahí están "Los gurises" mostrando la enternecedora tosquedad de Dalmiro Butiérrez, cuyo dolor nos impregna, convenciéndonos de que no podría describirle sin poseer entrañas de blandura semejante: y en otro género, aquella maestría, cuya vida se gasta en la campaña indiferente, dentro de pocas páginas, que bastan a ese hombre para llevarla desde las esplendorosas esperanzas de su iniciación hasta una atonía espiritual donde seguramente no vive ni el dolor; pero en ese tránsito la lleva el señor Montiel con tal simpatía, que prueba cómo se extendieron en su alma las indefinibles vibraciones engendradas por aquella decadencia.

Y basta, que las notas bibliográficas tienen límites que ya ultrapasamos; gustaríamos hablar más de este hombre, y podríamos hacerlo, larga y apodícticamente; pero estas páginas nos están contadas, lector, y ya las terminamos.—E. S.

Artículos, por José Vasconcelos.—Costa Rica, 1919.

Las lechuzas de la carátula nos predispusieron amablemente, por habernos sido siempre halagüeñas esas aves, con su vuelo aterciopelado y sin rumor. Pero abrimos el libro en los autores que el señor Vasconcelos lee de pie y se nos apretó el corazón, temiendo no poder ser amigos del autor. La comunidad de lecturas implica afinidades que son el mejor asiento para una simpatía conveniente: así como el distanciamiento en tales aficiones prepara divergencias.

La "Tragedia Griega"... sí, pero Platón a veces; y Spinoza siempre, y siempre la música de Beethoven; pero Dante y Kant y la filosofía indostánica, no señor, jamás; y jamás Shopenhauer, salvo en aquel libro cuyo espeluznante nombre "de la cuádruple raíz de la razón suficiente" ocupa el mayor derroche de agudo ingenio unido a la razón más penetrante; exceptuamos ese libro porque nos encanta y apasiona.

Pero las lechuzas no estaban en vano, y la atención enigmática de su mirada era promisoría como nunca. Los "Artículos" del señor Vasconcelos son bellos y están animados por fuerzas nobles: reúnen, pues, condiciones del escritor, que se nos aparece como un entendimiento independiente, en el cual se equilibran elegancia y claridad.

Habilidoso en raciocinios libres de todo contagio, se nos muestra en el contenido ideológico del primer estudio, cuyas soluciones no compartimos totalmente: si bien fruimos el vigor y la justeza empleados en el examen de emociones cuya amplificación magnífica acusa la finura de la sensibilidad del señor Vasconcelos.

Y después su alma es tañida por el recuerdo, como una dulce campana matinal, hablando de aquellas gentes de Lima, en cuya año-